

bertad será puesto entre el deber y la calumnia; que los que no puedan ser acusados de haber hecho traición, serán acusados de ser ambiciosos; que la influencia de la probidad y de los principios se comparará á la fuerza de la tiranía y á la violencia de las facciones; que tu confianza y estimación serán títulos de proscripción para todos tus amigos; que los clamores del patriotismo oprimido se les llamará gritos de sediciosos y que no atreviéndose á atacarte en masa te proscribirán en detalle en las personas de todos los buenos ciudadanos hasta que los ambiciosos hayan organizado su tiranía. Tal es el imperio de los tiranos armados contra nosotros, tal es la influencia de su liga con todos los hombres corrompidos, siempre dispuestos á servirlos. Así, pues, los malvados nos insponen la ley de hacer traición al pueblo á riesgo de ser llamado dictador. ¿Suscribiremos á esta ley? ¡No! ¡Defendamos al pueblo á riesgo de captarnos su estimación, que vayan al cadalso por la senda del crimen, y nosotros por la de la virtud!»

VIII.

Este estenso discurso, del que solo hemos reproducido lo principal, dejando todo lo que no era sino el pretesto de la situación, fué escuchado con un respeto aparente que servía para ocultar los sentimientos y los semblantes. Nadie se atrevería á espresar un murmullo aislado contra la sabiduría y la autoridad de semejante hombre. Esperaban que un murmullo general resonase para unirse á él; principiárselo era perderse, cada uno temblaba en presencia de los demás. La hipocresía general de admiración tenía la apariencia de una aprobación unánime.

Robespierre fué á sentarse atravesando las filas de diputados que se inclinaban y que se esforzaban á son-

reír. Una prolongada vacilación parecía que dominaba á la Convención, no sabiendo si aplaudir ó indignarse.

Una sublevación era empeñar el combate, un aplauso su servidumbre, el silencio sufría su irresolución; una voz lo rompió.

Esta voz fué la de Lecointre, que pidió que el discurso de Robespierre fuese impreso. Esto equivalía á que lo aprobase la Convención.

Aquella proposición se iba á votar cuando Bourdon del Oise, que habia visto su nombre en todas las relucencias de Robespierre, y que conocía que ser audaz no le proibiría mas, resolvió interrogar el valor ó la cobardía de sus colegas. Esperimentado en los síntomas de las grandes asambleas, el silencio de la Convención le parecía un síntoma de libertad. Una palabra podía cambiarlo en sublevación. Arrojar esta palabra en la Asamblea, era jugar su cabeza, y Bourdon la jugó

«Me opongo, exclamó, á que se imprima este discurso; contiene materias demasiado graves para ser examinado: puede encerrar errores como verdades. Está en la prudencia de la Convención remitirlo al exámen de las comisiones de salud pública y de seguridad general.»

Ninguna explosión resonó contra una objeción que el día anterior habria parecido una blasfemia. El corazon de los conjurados se animó. Robespierre se admiró de su caída. Barrere lo miró y creyó que ninguna adulación era mas compasiva que la que eleva el orgullo humillado. Sostuvo la impresión del discurso en términos que los dos partidos podian adoptar igualmente.

Couthon, animado por la defecion de Barrere, pidió no solamente la impresión sino la remisión á todos los ayuntamientos de la república, y aquella impresión triunfal, fué votada. La derrota de los enemigos de Robespierre se consumaba si no conseguían hacer retráctar el voto. Vadier se levanta y se sacrifica. Robespierre intenta cortar la palabra de Vadier, éste insiste. «Hablaré,» dijo con la

calma que conviene á la virtud, y justificó el informe que habia dado sobre Catalina Theos, que atacó Robespierre. En términos encubiertos hizo entender que poseía la clave de los misterios en que sus mismos acusadores serian envueltos, y defendió á la comision de seguridad general.

«Yo tambien entro en la liza, exclamó entonces el austero é íntegro Cambon, aunque no he buscado formar un partido á mi inmediacion. No vengo armado con escritos preparados con anticipacion. Todos los partidos me han hallado intrépido en su camino, oponiendo á su ambicion la barrera de mi patriotismo. Ya es tiempo de decir la verdad entera. Un hombre solo paraliza la Convencion nacional, y este hombre es Robespierre.» A estas palabras, que estallan como el pensamiento comprimido de un hombre honrado, Robespierre se levanta y se escusa de haber atacado la integridad de Cambon.

Billaud Varennes pidió que las dos comisiones acusadas manifestasen su conducta. «No es á la comision á la que yo ataco, respondió Robespierre. Por lo demas, para evitar las altercaciones, pidó que se me deje explicar con mas estension.—Nosotros lo pedimos tambien,» exclaman levantándose doscientos miembros de la Montaña.

Villaud Varennes continuó: «Si, Robespierre tiene razon; es necesario arrancar la máscara de los rostros en que se encuentra: y si es verdad que no somos libres, quiero mas que mi cadáver sirva de trono á un ambicioso, que hacerme por mi silencio cómplice en sus maldades.»

París, por mucho tiempo amigo y despues proscrito por Robespierre de los Jacobinos, le echó en cara que reinaba en todo y que proscribia solo á los hombres que le eran sospechosos. «Tengo el corazon llagado, exclamó París; ya es tiempo que se desahogue. Se me pinta como un malvado ávido de sangre y colmado de rapiñas, y

no he adquirido en la revolucion para dar un sable á mi hijo con que marchar á las fronteras, y vestidos á mis hijas! Robespierre ha formado una lista en donde ha puesto mi nombre y destinado mi cabeza para la primera ejecucion en masa.»

Un clamor de indignacion siguió á estas palabras contra el tirano. Robespierre lo resistió con aspecto imperturbable. «Arrojando mi escudo, dijo, me he presentado al descubierto á mis enemigos. No me retracto de nada, no adulo á nadie, no temo á ninguno, y no quiero ni el apoyo ni la indulgencia de nadie. No trato de formar un partido, he hecho mi deber, y esto me basta; que los demas hagan el suyo... ¡Y qué! continuó, ¿habré tenido valor de venir á depositar en el seno de la comision verdades que creo necesarias para la salvacion de la patria, para que se remita mi acusacion al exámen de los mismos á quienes acuso?»

«Cuando se pondera el valor de la virtud, le dijo Charlier, es necesario tener el de la verdad: nombrad á los que acusais!—Si, si; nombradlos, nombradlos,» repite levantándose en accion amenazadora un grupo de la Montaña. Robespierre se calló. «Este discurso inculpa á las dos comisiones, repuso Amar. Es preciso que el acusador diga los nombres de los que designa. No es preciso que un hombre se ponga en lugar de todos: no es necesario que se turbe por el interés de un orgullo humillado. Que articule sus quejas y que se juzguen.» Thirion dijo que la remision de semejante discurso á los departamentos, seria la sentencia anticipada de los que inculpaba Robespierre. Barrere, que veia vacilar á la asamblea, casi dispuesta á volver á su primera adulacion por palabras menos reverentes contra el hombre que titubea: «Responderemos á esta declamacion por victorias,» exclamó. Breard probó que la Convencion se daría á si misma la revocacion del decreto que disponia la impresion y envío á los departamentos de un discurso

peligroso á la república. Una numerosa mayoría votó con Breard.

IX.

Humillado Robespierre, pero no vencido, conoció que la Convencion se le escapaba. Salió y se precipitó en medio de un grupo fiel, en la tribuna de los Jacobinos, en donde lo acogieron sus amigos como el mártir de la verdad y el herido del pueblo. Transportado á la tribuna en brazos de los jacobinos, Robespierre leyó allí en medio del estremecimiento y de las lágrimas del entusiasmo el discurso rechazado por la Convencion. Gritos de furor, acentos de rabia y demostraciones de adoracion interrumpieron y coronaron aquel discurso. Cuando se calmaron aquellas demostraciones, Robespierre con la voz casi extinguida y tomando la actitud resignada de una victima de la democracia, «Hermanos, dijo, el discurso que acabais de oír es mi testamento!—No, no; tú vivirás, ó todos moriremos» le responden las tribunas tendiendo los brazos hácia el orador. «Si, es mi testamento! repuso con profética solemnidad, ¡es mi testamento! Lo he visto hoy; la liga de los malvados es de tal modo fuerte, que no puedo esperar salvarme de ella. ¡Sucumbo sin sentimiento! ¡Os dejo mi memoria, que os será querida, y vosotros la defendereis!»

Aquellas supremas palabras, aquella próxima muerte, aquella despedida que contenia á la vez una reprension y una resignacion, enternecieron hasta hacer llorar al pueblo y á los Jacobinos. Coffinhal, Duplay, Payan, Buonarotti, Lebas y David se levantaron, interpellaron á Robespierre y le suplicaron que defendiese á la patria defendiéndose á sí mismo. Henriot exclamó con la accion de un foragido, que tenia bastantes artilleros para hacer

votar á la Convencion Robespierre conmovido por aquel entusiasmo y arrastrado por la estremidad de las circunstancias mas allá de su resolucion, hizo señal de que aun queria hablar.

«¡Pues bien! exclamó. Separad á los malvados de los débiles! ¡Libertad á la Convencion de los picaros que la oprimen! ¡Devolvedla la libertad que espera de vosotros como en el 31 de mayo! Marchad si es preciso y salvad á la patria. Si á pesar de estos generosos esfuerzos sucumbimos, amigos míos, me vereis beber la cicuta con calma.» David interrumpiéndole á estas palabras con una actitud antigua y con un grito salido del alma: «¡Robespierre! le dijo, si tú bebes la cicuta, yo tambien la beberé!—Todos, todos pereceremos contigo, exclamaron millares de voces adictas; perecer contigo es perecer por el pueblo.»

Couthon, que observaba con sangre fria la efervescencia general, quiso aprovechar los momentos para hacer arrojar el guante á los Jacobinos y separarlos de la Convencion por los primeros insultos. Pidió que los miembros indignos de la Convencion que percibía en un rincón de la sala, fuesen espulsados. A estas palabras, Collot de Herbois, Legendre y Bourdon, que asistian á la sesion para espiar las disposiciones y el estado del espíritu público, fueron descubiertos, señalados con el dedo, insultados é intimados á que se retirasen de las filas de los patriotas. Algunos se retiraron; Collot se lanzó á la tribuna, pretende defenderse, muestra su título de primer republicano de fecha, y muestra el sitio de las heridas con que Ladmiral atravesó su pecho. Los silbidos cubrieron la voz de Collot de Herbois, la ironía parodió sus acciones y los puñales amenazaron su cabeza. Con trabajo se libertó del furor de los Jacobinos. Payan, aproximándose al oído de Robespierre, le propone levantar al pueblo ó ir á prender á las dos comisiones que en aquel momento estaban reunidas en las Tullerías.

El impulso estaba dado; el espacio era corto, el éxito seguro y el golpe decisivo. Sin jefe la Convencion, se arrojaría al día siguiente á los pies de Robespierre dando gracias á su vengador. Pero el dominador de los Jacobinos volvió mientras duró la tempestad suscitada por la espulsion de Collot, á sus escrúpulos de legalidad. Creyó que el corazon del pueblo le dispensaría de emplear su mano, y que nunca la Convencion se atrevería á atentar á una vida rodeada de semejante fanatismo. Rehusó á esta denegacion, honrada tal vez, pero impolitica. Coffinhal, cogiendo por el brazo á Payan y sacándolo fuera de la sala, «Ya ves, le dijo, que su virtud no puede consentir en la insurreccion; pues bien, ya que él no quiere que se le salve, preparémonos á defenderlo y á vengarlo.»

A estas palabras, Coffinhal y Payan se fueron al consejo de la municipalidad y pasaron la noche con Henriot en concertar para el día siguiente un levantamiento insurreccional del pueblo. Coffinhal, que era natural de las montañas de Auvernia, tenia la corpulencia, la estatura y el vigor muscular de las razas alpinas de su pais. Era un coloso semejante á aquel labrador de la Tracia de que los soldados hicieron un emperador, admirados de la fuerza física de sus músculos.

Asi como todos los hombres de este temple apelaba pronto á las acciones desde que su palabra no causaba efecto. Payan fué el pensamiento, y Coffinhal fué el brazo de aquella noche y del día siguiente.

Mientras que Robespierre levantaba y apagaba asi sucesivamente á los Jacobinos, Saint-Just fué á la comision de salud pública. No habia comparecido en ella mas que un momento, como se ha visto, desde su regreso del ejército: La comision estaba reunida para deliberar sobre los acontecimientos del día. Los colegas de Saint-Just, le recibieron con semblante taciturno y con palabras embarazosas. «¿Qué te trae del ejército? le preguntó Billaud Varennes.—El informe que vosotros me habeis encargado hacer á la Convencion, respondió Saint-Just.—Bien; leenos ese informe, repuso Billaud.—Aun no está terminado, replicó el jóven representante, vengo para concertarlo con vosotros.» Su semblante no espresaba ninguna animadversion contra sus colegas. Barrère le encargó con palabras insinuantes no dejarse arrastrar por su amistad á las prevenciones de Robespierre contra la comision y evitar aquel destrozo á la república. Saint-Just escuchó pensativo á Barrère, pareciendo que dolorosamente luchaba contra su adoracion por Robespierre, y las amistosas súplicas de sus colegas. Collot de Herbois, abriendo violentamente la puerta, con el semblante demudado, roto el vestido y el paso desigual, se precipitó en la sala. Venia de los Jacobinos, conservando aun la impresion que le habian causado los puñales con que vió amenazar su vida. Apercibió á Saint-Just. «¿Qué sucede en los Jacobinos? le dijo éste.—Y tú lo preguntas, exclamó Collot de Herbois dirigiéndose á Saint-Just, tú lo preguntas, tú cómplice de Robespierre, tú que con él y Couthon habeis formado un triunvirato cuyo primer acto es asesinaros!...»

Collot de Herbois contó entonces precipitadamente á sus colegas la escena de los Jacobinos, la lectura del dis-

curso, la incitacion á la rebelion, la espulsion de los miembros de la Convencion, las imprecaciones, los puñales, y volviéndose á Saint-Just le asió por el cuello del frac y moviéndolo como un lidiador que trata de abatir á sus pies á su enemigo: «Tú estás aquí, le dijo, para espiar y denunciar á tus colegas, tienes en tus manos las notas que acabas de tomar contra nosotros. Ocultas bajo tu ropa el vil informe cuyas conclusiones son nuestra muerte. No saldrás de aquí hasta que hayas enseñado esos apuntes y manifestado toda tu infamia.» Hablando de esta suerte Collot de Herbois se esforzaba por arrebatar de las manos de Saint-Just y encontrar en sus bolsillos los papeles que creía que contenian las pruebas de su perfidia. Carnot, Barrere, Billaud Varennes y Roberto Lindet, se interpusieron entre los dos adversarios, protegiendo á Saint-Just y restituyendo á Collot de Herbois á la decencia y al arrepentimiento de su violencia: limitándose á declarar á Saint-Just que no saldria de la comision sin jurar antes que su informe nada contendria contra sus colegas y sin que se lo comunicase antes de leerlo á la Convencion.

Saint-Just lo juró, y les dijo con franqueza que pediria que Collot de Herbois y Billaud Varennes fuesen llamados á la Convencion para hacer cesar las divisiones que agitaban á la comision. Rehusó asistir por mas tiempo á la sesion en donde su presencia se hacia sospechosa á sus colegas. «Me habeis angustiado el corazon, les dijo al salir, voy á desahogarlo á la Convencion.» Despues que salió Saint-Just, los miembros de la comision decidieron sobre la proposicion de Collot de Herbois, que Henriot fuese preso á la mañana siguiente por las palabras que dijo en los Jacobinos y que Fleuriot, agente nacional de París, se presentase en la barra de la Convencion; y se separaron al salir el sol yendo cada uno á buscar á sus amigos para informarlos de las resoluciones y de los peligros que amenazaban aquel dia.

XII.

Tallien, Freron, Barras, Fouché, Dubois-Crancé, Bourdon y sus amigos, cuyo número crecia, no habian dormido. Testigos el dia anterior de las fluctuaciones de la Convencion, instruidos del tumulto de los Jacobinos y ciertos de una lucha á muerte para el siguiente, habian empleado en conferencias, en averiguaciones, las pocas horas que tenian para salvar sus cabezas. El ardor del odio y de la conjuracion se alimentaba en Tallien por el amor. Aquella noche un desconocido le deslizó en la mano, en la esquina de la calle de la Perla un billete de Teresa Cabarrus. Aquel billete, que uno de los carceleros seducidos habia consentido en dejar salir de la cárcel de los Carmelitas, estaba escrito con sangre, no conteniendo mas que estas palabras. «El director de policia acaba de salir de aquí, y ha venido para anunciarme que mañana subiré al tribunal; es decir, al cadalso. Esto no se parece al sueño que he tenido esta noche: Robespierre no existia y las cárceles estaban abiertas... ¡Pero gracias á vuestra insigne cobardia no se encontrará en Francia dentro de poco nadie que pueda realizarlo!»

Cuando el heroismo se estingue todo se rehace en la llama del amor en un corazon de muger. Tallien respondió lacónicamente: «Sed tan prudente como yo valiente y calmad vuestra cabeza.»

Sin embargo, la suerte del combate dependia en lo exterior de la energía de los hombres enérgicos que tenian que defender con un puñado de bayonetas á la Convencion contra un bosque de picas y algunos cañones, y dentro de los resultados de la próxima sesion. Para el exterior convinieron en dar el mando á Barras, que era la espada del partido; para la sesion, resolvieron arreba-

társela á Robespierre quitándole la tribuna. Combatir la palabra por la palabra era de un éxito incierto; ahogarla por el silencio era mucho mas seguro. Para esto era necesario dos cosas: un presidente que fuese cómplice con sus enemigos, cual lo tenían en Collot de Herbois; una mayoría resuelta con anticipacion á sacrificarlo, que podian obtener dividiendo á la Montaña; reanimar la venganza rencorosa aun que conservaban los amigos de Danton, separando al centro dócil hasta entonces á la voz de Robespierre, pero dócil mas por miedo que por cariño, y evocando en fin, á todas las victimas y todos los resentimientos, acumulándolos sobre un solo hombre. Algunos emisarios hábiles é influyentes se emplearon toda la noche en arrancar al centro las esperanzas que se obstinaba en mantener por los designios de Robespierre y en borrar del alma de aquellos restos de la Gironda el reconocimiento que le debian por haber defendido á los sesenta y dos contra las exigencias de las comisiones. Tres veces fracasaron las negociaciones y otras tantas fueron reanudadas. Sieyes, Durand-Maillane y algunos convencionales influyentes, vacilaron entre las comisiones que aborrecian y un hombre que habia salvado á sus sesenta y dos colegas, que los protegía á ellos mismos con su indulgencia, y cuya dictadura despues de todo, seria un abrigo mas seguro que la anarquía de la Convencion. Un poder que no halla oposicion se modera, pero una lucha encarnizada de ambicion no deja seguridad ni á los actores ni á los espectadores del combate.

Los restos de los girondinos se resignaron fácilmente á la servidumbre, con tal que fuese segura; estaban ya cansados de crisis y mucho mas de cadalsos, y no pedian mas que la vida. Los mas intrépidos, tales como Boissy de Anglas, esperaban la hora de la reaccion para destruir á la vez la anarquía y los tiranos de las comisiones. Los otros votaban por el partido que les ofrecía, no la mayor influencia, sino la vida mas larga. Cada uno de los

dos partidos les aseguraba que era el suyo. El centro temblaba de engañarse, y no se decidió hasta el amanecer. Bourdon del Oise convenció á los gefes mas antiguos girondinos que su salvacion pendia en la libertad y en el equilibrio de la Convencion; que entregarse á un dictador tal como Robespierre, era entregarse no á un dueño sino á un cobarde esclavo del pueblo; que aquel pueblo que le habia pedido ya las cabezas de tantos de sus colegas le pediría seguramente las de todos; que aquel hombre no tenia mas fuerza para reinar, que la de los Jacobinos; que la fuerza de los Jacobinos no era mas que una sed insaciable de sangre; que Robespierre no podria conservar á los Jacobinos sino dándosela todos los días; que investirle con el poder supremo era darle el cuchillo con que degollaría á todos. Bourdon tranquilizó á aquellos hombres vacilantes sobre las intenciones de las comisiones, y les demostró que una vez estirpado Robespierre de aquel grupo de decemvros sin union, se rompería, y que las comisiones desarmadas, renovadas, ensanchadas y pobladas con sus propios miembros, no serian mas que la mano y no la cuchilla de la Convencion. Estos motivos decidieron, en fin, á Boissy de Anglas, Sieyes, Durand-Maillane y á sus amigos, que juraron alianza por una hora con la Montaña.

XIII.

Robespierre ignoraba aquella defeccion del Centro. Contaba firmemente con aquellos hombres, hasta entonces dóciles á su palabra. «Nada espero de la Montaña, decía al amanecer á los amigos que le rodeaban enumerándoles sus probabilidades de triunfo. Ven en mí á un tirano de que se quieren librar porque quiero ser moderador, pero la mayoría de la Convencion está en mi favor.»

El día le sorprendió en estas ilusiones, y lo vió aparecer con confianza. Los Jacobinos le presagiaban y le preparaban la fortuna. Coffinbal recorrió los arrabales y Fleuriot arengó á la municipalidad. Payan convocó á los miembros de esta para una reunion permanente. Henriot, segundo de sus ayudantes de campo, y ya vacilante en su caballo de la embriaguez de la noche, recorrió las calles inmediatas á la casa de la ciudad, y situó algunas baterías sobre los puentes y en la plaza del Carrousel. Los diputados, fatigados por un largo insomnio, y mas aun por la incertidumbre de la jornada, acudian de todas partes á su puesto. El pueblo ocioso vagaba por las calles y las plazas como en expectativa de un grande acontecimiento. Robespierre se hacia esperar en la Convencion. En la sala corria el rumor que humillado en la sesion del dia anterior, rehusaba el combate de tribuna y no volveria á la Convencion sino con las armas en la mano y á la cabeza de la insurreccion. Su presencia y la de Saint-Justy Couthon disiparon aquellos rumores.

Robespierre, vestido con mas esmero que de ordinario, andaba con lentitud, con actitud segura y con la frente serena. Se leia la certeza del triunfo en su modo de mirar. Se sentó sin dirigir ni accion ni sonrisa al rededor de sí. Couthon, Lebas, Saint-Just y Robespierre el jóven, espresaban con su actitud la misma resolucion; tomaban ya la actitud de acusados ó dueños, pero mas como colegas ó como iguales. Los gefes del Centro llegaron los últimos y se pasearon antes de entrar en los corredores con los gefes de la Montaña. Los hombres de aquellos dos partidos separados hasta aquel dia por un horror y por un desprecio mútuo, se dieron las manos y se hicieron señales de inteligencia. Bourdon del Oise encontrando á Durand-Maillane en la galeria que precedia al salon, «¡Oh que valientes son los hombres del costado derecho! esclamó.» Tallien se multiplicaba dirigiéndose á todos los representantes dudosos que estaban en la sala

de la Libertad, desde donde se veia la tribuna. Animaba á los unos, amedrentaba á los otros, y anunciaba que se habian combinado medidas para conseguir un próximo triunfo. Comunicaba su alma en el alma de todos, pero viendo de repente á Saint-Just pronto á tomar la palabra: «Entremos, dijo: ved á Saint-Justen la tribuna, y es necesario acabar.» y se apresuró á ocupar su asiento.

XIV.

En efecto, Saint-Just empezaba á hablar en medio de los últimos murmullos de una asamblea que se apacigua; su discurso, que la muerte arrancó de sus manos, está lleno de enmiendas. Se veia en las numerosas correcciones y borraduras del manuscrito, que aquel discurso era producto de un pensamiento turbado y que la mano habia señalado veinte veces la traza y la reflexión de acaloramiento. La arenga de Saint-Just tenia la forma de un enigma, cuyo secreto era la muerte de los enemigos de Robespierre. El orador queria que este secreto lo adivinase la Convencion. Saint-Just señalaba los celos de algunos miembros de las comisiones contra los otros miembros como causa de la perturbacion sensible que se manifestaba en los órganos del gobierno. Hablaba de los abismos en que ciertos hombres precipitaban á la república; de los peligros que iba á suscitarle su misma franqueza; del valor, que le hacia despreciar aquellos mismos peligros; del poco sentimiento que tenia en perder una vida en la cual le era necesario ser el complice ó el testigo impasible del mal. Saint-Just se defendia de la sospecha de adular á un hombre en Robespierre, y juraba que no tomaba partido en su favor sino porque aquel era el partido de la virtud.

«Collot y Billaud, decia, hace algun tiempo toman poca parte en nuestras deliberaciones, pareciendo entre-

gados á miras particulares. Billaud se calla ó no habla sino bajo el imperio de sus pasiones contra los hombres cuya pérdida parece desear. Cierra los ojos y finge dormir. A esta taciturna actitud ha sucedido hace algunos días la agitacion. Su última palabra parece que espira en sus lábios; duda, se irrita, y vuelve en seguida sobre lo que ha dicho. Llama á uno Pisstrato cuando está ausente y amigo suyo cuando se presenta. Se mantiene silencioso, pálido, con la vista fija, disimulando la alteracion de sus facciones.... La verdad no tiene este carácter ni esta política. El orgullo, añadió, es el que crea las facciones, y solo por las facciones perecen los gobiernos. Si la virtud no se mostrara alguna vez con el rayo en la mano sucumbiría la razon bajo la fuerza. ¡Solo despues del suplicio se reconoce la virtud! ¡Despues de un siglo es cuando la posteridad vierte lágrimas en el sepulcro de los Gracos y en la senda de Sidney!. La fama es una palabra vacia de sentido, dijo en otra parte. Demos oídos á lo que nos dicen los siglos pasados, y no entenderemos casi nada. Los que en los siglos venideros paseen entre nuestros sepulcros, tampoco oiran mucho mas. Lo que es necesario hacer es el bien.

«Si no recobrais el imperio sobre las facciones, sino tomáis el poder supremo, es necesario dejar un mundo en donde la inocencia no tiene garantía en las poblaciones, será necesario huir á los desiertos para encontrar en ellos la independencía y amigos entre los animales salvages. Será necesario dejar un pais en donde no existe ni la energía del crimen ni la de la virtud.

«¡Cuando he vuelto del ejército no he conocido los semblantes! Las deliberaciones de la comision están entregadas á dos ó tres hombres. Durante esta soledad es cuando han concebido la idea de atraerse todo el imperio. No he podido aprovar el mal y me he explicado ante las comisiones: ciudadanos, les he dicho, veo siniestros presagios, todo se disfraza ante mis ojos, pero yo lo estu-

diaré todo, y todo lo que no me parezca el puro amor del pueblo y de la república tendrá mi odio. Anuncié que si me encargaba del informe que se me queria confiar subiría al verdadero origen. Collot y Billaud, insinuaron que en este informe no era necesario hablar del Ser Supremo ni de la inmortalidad del alma. ¡Se volvía á estas ideas encontrándolas indiscretas, avergonzándose de la Divinidad!» Despues de diferentes insinuaciones encubiertas pero mortales para los enemigos de Robespierre, Saint-Just terminaba de este modo:

«El hombre que se ha alejado de las comisiones por los tratos mas amargos, se justifica ante vosotros. No se esplica en verdad muy claramente, pero su alejamiento y la amargura de su alma pueden excusar algo. Le constituyen en tirano de la opinion, y le hacen un crimen de su elocuencia. ¿Y qué esclusivo derecho teneis sobre la opinion, vosotros que encontrais la tiranía en el arte de mover y convencer á los hombres? ¿Qué os impide disputar la estimacion de la patria vosotros que hallais malo que otro la adquiera? ¿Es un triunfo mas inocente y mas desinteresado? Caton habria despedido de Roma al mal ciudadano que hablase como vosotros. ¡De este modo la mediania celosa quiere conducir al genio al cadalso! ¿Habeis visto oradores bajo el cetro de los reyes? No, el silencio reina alrededor de los tronos, solo la persuasion es el alma de las naciones libres. ¡Sacrificad á los mas elocuentes y bien pronto llegareis á coronar á los mas envidiosos!

«Robespierre no se ha explicado bien ayer. Ha existido un plan para usurpar el poder sacrificando algunos miembros de las comisiones. Billaud Varennes y Collot de Herbeis son los culpables. No concluyo contra lo que acabo de nombrar, sino que los acuso. Deseo que se justifiquen y que seamos mas prudentes.»

Se ve que en este discurso se indicaba la muerte pero no se exigia.

Saint-Just imitando en esto á su dueño, no quería sino mostrar la cuehilla y designar las victimas. Se referia al espanto y á la servidumbre de la Convencion para herir con el hierro á los que heria con la sospecha.

XV.

Pero Saint-Just no debía ni aun acabar esta demostracion. Apenas estaba en la tribuna y habia pronunciado algunas frases vagas, que Tallien no pudiendo moderar su impaciencia, se levantó, interrumpió al orador y pidió la palabra para una cuestion de órden.

Collot de Herbois que temia el ascendiente de Saint-Just sobre la asamblea, se apresuró á conceder la palabra á Tallien. «Ciudadanos, dijo este, Saint-Just acaba de decirnos que no pertenece á ninguna faccion; digo lo mismo, y para esto quiero hacer oír la verdad. En todas partes se esparce la alarma. Ayer un miembro del gobierno se ha aislado y ha pronunciado un discurso en su nombre particular. Hoy otro hace lo mismo. ¿Se viene aun á agravar los males de la patria, á despedazarla y precipitarla en el abismo?» Un inmenso aplauso repetido por tres veces anunció á Tallien que el odio que alimentaba, rugía y estallaba en masa en el seno de la Convencion. Billaud Varenes se levantó mas pálido y mas trágico que de costumbre: «Ayer, dijo en voz sorda é indignada, la sociedad de los Jacobinos estaba llena de hombres apostados. ¡Se ha descubierto la intencion de degollar á la Convencion! . »

Un movimiento de horror interrumpió la denuncia de Billaud. Hizo una señal significativa con la mano hácia la Montaña: « Veo sobre la Montaña, exclamó, á uno de esos hombres que amenazan á los representantes del pueblo!....—¡Prenderlo! ¡Prenderlo!» gritaron de todos los

bancos. Los ugieres se precipitan, detienen á aquel hombre y lo sacaron fuera del salon.

«Ha llegado el momento de decir la verdad, continúa despues Billaud. Despues de lo que ha pasado, me admiro en ver á Saint-Just en la tribuna.

«Había prometido mostrar á las comisiones su informe. La asamblea no debe desconocer que está entre dos degüellos. ¡Si se muestra débil perece!—¡No, no!» exclamaron á la vez todos los miembros agitando los sombreros por cima de sus cabezas. Las tribunas arrastradas por aquel movimiento, responden con los gritos de ¡Viva la Convencion! ¡Viva la comision de salud pública!

«¡Tambien pido, siguió Billaud, que todos los miembros se espliquen en esta sesion!

«Hay mas fuerza cuando se tiene la justicia, la probidad y los derechos del pueblo por su parte. Os estremecereis de horror cuando sepais la situacion en que os encontrais; cuando sepais que la fuerza armada está confiada á manos parricidas: que Henriot ha sido denunciado á la comision como cómplice de los conspiradores! Os horrorizareis cuando sepais que aqui hay un hombre, al decir esto lanzó una mirada oblicua á Robespierre, que cuando se iba á determinar el envio de los representantes del pueblo á los departamentos, no encontró en la lista que se le presentó, veinte miembros de la Convencion que le pareciesen dignos de esta mision.

Un movimiento de orgullo lastimado, se manifestó entonces en todos los bancos en donde se sentaban los representantes que fueron llamados.

«Cuando Robespierre os ha dicho que se habia alejado de la comision por que estaba oprimido, continuó Billaud, tuvo buen cuidado de ocultaros la verdad. ¡No os dijo que fué por que despues de haber dominado solo durante seis meses á la comision, habia encontrado resistencia en el momento en que quiso hacer adoptar el decreto de 22 pradiar, decreto que en las manos impuras

que le habian escogido podia ser funesto á los patriotas!...»

La indignacion y el terror comprimidos hasta entonces, estallaron é interrumpieron á Billaud. «Si, sabedlo, prosiguió, que el presidente del tribunal revolucionario ha propuesto ayer en los Jacobinos espulsar de la Convencion á los miembros que se deben sacrificar. Pero el pueblo está hay.—Si, si, repitieron las tribunas preparadas por Tallien. ¡Los patriotas sabrán morir para salvar la representacion!» Nuevos aplausos interrumpieron la palabra en los labios del orador. «Lo repito, repuso Billaud Varennes, sabremos morir. No hay un solo representante que quiera vivir bajo la dominacion de un tirano!»

«¡No, no, mueran los tiranos!» respondió un clamor unánime. Billaud continuó: «Los hombres que sin cesar hablan de justicia y de virtud son los que la pisotean. He pedido la prision de un secretario de la comision de salud pública que habia robado á la nacion, y solo Robespierre le ha protegido.»

El pueblo de las tribunas pateaba de indignacion contra el pretendido protector del robo.

«¿Y somos nosotros á quienes se acusa?» exclamó Billaud con voz dolorida. ¡Qué! Los hombres que viven aislados, que no conocen á nadie, que pasan los dias y las noches en la comision, que organizan la victoria (todas las miradas se dirigieron al íntegro y laborioso Carnot) estos hombres ¿serán conspiradores? ¿Y los que no han abandonado á Hebert si no cuando ya no les fué posible favorecerlo, serán los hombres virtuosos?»

El centro se indignó á su vez.

«Cuando denuncié la primera vez á Danton en la comision, añadió el orador, Robespierre se levantó furioso diciéndo qué yo queria perder á los mejores patriotas.»

La Montaña y los antiguos amigos de Danton, se aturdieron de la revelacion que disculpaba á Robespierre por boca de su acusador.

«¡Pero teneis un abismo bajo vuestros pies, siguió Billaud. Es necesario ó llenarlo con vuestros cadáveres ó precipitar en él á los traidores!»

Los aplausos se repitieron con mas unanimidad, y acompañaron á Billaud Varennes hasta su asiento.

XVI.

Robespierre se lanzó entonces pálido y convulsivo á la tribuna en donde su inviolabilidad acababa de hundirse. «¡Muera el tirano! ¡Muera el tirano!» vociferó la Montaña. Aquellos gritos que redoblaban á cada movimiento de los labios de Robespierre, ahogaron enteramente su voz. Tallien saltó á la tribuna, separó con los codos á Robespierre, y habló en medio de un silencio que favoreció la generalidad.

«He pedido que se descorriese el velo, dijo Tallien, y en fin se ha descornado, los conspiradores están descubiertos, y serán anonadados y la libertad triunfará!...—Si, si, ya triunfa, acabad su triunfo» le respondieron los montañeses. «Todo presagia, prosiguió Tallien, que el enemigo de la representacion nacional va á caer bajo sus golpes. Hasta ahora me he impuesto silencio, porque sabia por un hombre próximo al tirano, que habia hecho una lista de proscripcion. He asistido ayer á la sesion de los Jacobinos, y he visto y oido y temblado por la patria. ¡He visto formarse al ejército del nuevo Cromwell, y me he armado con un puñal para atravesarle el corazon, si la Convencion nacional no tenia valor para decretar su acusacion!...»

Al decir esto, Tallien sacó de debajo de su casaca un puñal desnudo, prenda de libertad ó de venganza dado por la muger á quien amaba. Blandió el puñal sobre el pecho de Robespierre, que se hizo atrás sin aban donar la

tribuna á su enemigo. Esta accion, y el movimiento desesperado de Tallien comunicó su intrepidez á los más irresolutos. Todos conocieron que la cuchilla una vez sacada no podía volver á la vaina si no teñida en la sangre de Robespierre ó en la suya propia.

«Pero nosotros los republicanos, continuó Tallien con voz más tranquila, acusamos al tirano con la lealtad del valor ante el pueblo francés, ¡No, no esperen los partidarios del hombre que acuso otro 31 de mayo ni otras proserpciones. La justicia nacional solo descargará sobre los malvados!...»

Todo el salon se asoció por sus aplausos al voto de venganza y clemencia de Tallien.

«Pido la prision de Henriot para que la fuerza armada no se estravie por sus gefes. En seguida pediremos el exámen del decreto de 22 pradial acordado por solo la proposicion del hombre que nos ocupa!»

Los labios de Tallien parecia que repugnaban pronunciar el nombre de Robespierre.

El centro aplaudió á la perspectiva de seguridad devuelta á la Convencion. «No somos moderados, prosiguió Tallien dirigiéndose á la Montaña... que aplaudió esta seguridad, pero queremos que la inocencia no sea oprimida...»

El centro se conmovió y palmoteó á esta promesa de humanidad. Todos los partidos se confundieron con la voz de Tallien en el odio y en una esperanza comun. «Ayer, prosiguió para concluir con su enemigo, ayer se han atrevido á ultrajar á un representante del pueblo que se mantuvo siempre en la brecha de la revolucion. ¡Que se despierten todos los patriotas. Llamo á todos los amigos de la libertad, á todos los Jacobinos, á todos los periodistas republicanos! ¡Que concurren con nosotros para salvar la libertad!... Han dirigido la vista sobre mí; yo habria llevado mi cabeza al cadalso con valor, porque me he dicho: ¡Día vendrá en que mis cenizas se recogerán con

los honores que se deben á un patriota sacrificado por un tirano! El hombre que esta á mi lado en la tribuna, es un nuevo Catilina; los que le rodean son otros Verres. No se dirá que me entiendo con los miembros de las comisiones porque no los conozco.

«Desde que concluí mi comision, he estado agobiado de disgustos. ¡Robespierre queria aislarnos y atacarnos sucesivamente á fin de quedar solo con sus hombres crapulosos y llenos de vicios! Pido que se decrete la permanencia de la sesion hasta que la cuchilla de la ley haya asegurado á la república y herido á sus creaturas.»

XVII.

Las proposiciones de Tallien fueron votadas por aclamacion. Billaud Varennes añadió á la lista de las prisiones decretadas á Dumas, vice-presidente del tribunal revolucionario. Delmas añadió á todo el estado mayor de Henriot.

Robespierre, en fin, quiso hablar; nuevos gritos de *muera el tirano*, impidieron su palabra. Numerosas voces llamaron á Barrere á la tribuna. Este subió en nombre de la comision de salud pública. La noche y los síntomas de la victoria cambiaron sus convicciones: friamente aniquiló á Robespierre á quien sostenia el dia anterior.

«Quieren, dijo, producir movimientos en el pueblo, quieren apoderarse del poder nacional á favor de una crisis preparada. Solo las comisiones son la égida, el asilo del gobierno. Entre tanto que refutamos los hechos enunciados por Robespierre, hemos propuesto las medidas que reclaman la tranquilidad pública: estas medidas son la supresion del mando de la fuerza armada y de su estado mayor.» Barrere propuso que se anunciassen estas medidas al pueblo por medio de una proclama. «Ciuda-

aparecer sino tres días después de la revolución: este hombre que debía ser en las comisiones el defensor de los oprimidos, los ha abandonado hace seis semanas para venir á calumniarlos mientras que sufrían por la patria.»

«¡Eso es, eso es!» exclamaron en todas partes.

«¡Ah, si yo quisiera, siguió Tallien, retratar todos los actos de opresión que han tenido lugar, probaría que en el tiempo en que Robespierre ha estado encargado de la policía general, ha sido cuando se han cometido!»

Robespierre se lanzó indignado al lado de Tallien. «Es falso, exclamó estendiendo la mano; yo....» El tumulto cortó de nuevo la frase y desarmó á Robespierre aun de su valor. Mas irritado de la injusticia que desconcertado por el número de sus enemigos, bajó precipitadamente los escalones de la tribuna, subió las gradas de la Montaña y se lanzó en medio de sus antiguos amigos; los apostrofa echándoles en cara su defección, y les suplica que le concedan la palabra. Todos á los que se dirigió volvieron la cabeza.—«Retírate de estos bancos, de donde la sombra de Danton y de Camilo Desmoulins te rechazan, le dijeron los montañeses.—¿Es, pues, á Danton á quien queréis vengar?» respondió Robespierre como herido de admiración y de remordimientos. Los bancos que se le niegan fué la única respuesta de la Montaña. Bajó al centro, y dirigiéndose con aspecto suplicante á los restos de la Gironda, «¡Pues bien! les dijo, á vosotros, hombres puros, vengo á pedir os un asilo, y no á esos tanantes,» señalando con el gesto á los Fouché, Bourdon y Legendre.» Al decir estas palabras se sentó en un sitio vacío en un banco del centro. «Miserable! le dijeron los girondinos, ese era el sitio de Vergniaud.» Al nombre de Vergniaud, Robespierre se levantó de pronto y se separó con espanto.

Proscrito de todos los partidos se refugió de nuevo en la tribuna, se dirigió con ira al presidente enseñándole el puño. «¡Presidente de asesinos! le dijo con

una voz que se ahogó por la última vez, ¿quieres concederme la palabra? — A su tiempo la obtendrás» le respondió Thuriot, á quien Collot de Herbois acababa de ceder la presidencia.—«No, no, no,» responden á la vez los conjurados decididos á herir sin oírlo. Robespierre se obstinó en hablar; el estruendo lo sumerge y no deja oír mas que amargos alaridos: no se ve mas que gestos sucesivamente suplicantes ó amenazadores, no pudiéndose entender ninguna palabra. La voz de Robespierre se enronqueció y se estinguió á la vez. «La sangre de Danton te ahoga» le dijo Garnier del Aube, amigo y compañero de Danton. Esta palabra acabó con Robespierre. La voz desconocida de un representante oscuro, llamado Louchet, hizo estallar en fin el grito que contenían todas las bocas y que nadie se atrevía á pronunciar: «¡Pido, exclamó Louchet, el decreto de prisión contra Robespierre!»

XVIII.

Lo grande de la resolución, el peligro exterior y el largo respeto, paralizaron por un momento á la Convención. Parecía que atentando á la persona de Robespierre se atentaba á la magestad y á la divinidad del pueblo: el silencio precedió á la explosión; la asamblea dudaba; los conjurados conocían el peligro, cuando algunas palmadas salidas de los bancos de la Montaña dieron la señal de los aplausos á la proposición de Louchet. Aquellas palmadas se prolongaron, crecieron y estallaron al fin en un largo y unánime aplauso.

En aquel momento un jóven se levantó á pesar de los esfuerzos de sus colegas que lo retuvieron por el frac. Era Robespierre el menor, inocente, estimado y puro de los crímenes de tiranía achacados á su sangre. «¡Soy